

IV

CON LA CRUZ Á CUESTAS

Juan Valjean emprendió de nuevo su marcha y ya no volvió á detenerse.

Era una marcha que se hacía cada vez más embarazosa. El nivel de las bóvedas varía; la elevación media es de unos cinco piés y seis pulgadas, y ha sido calculada para la estatura de un hombre. Juan Valjean se veía obligado á doblarse, por miedo de que Mario diese contra la bóveda. A cada momento le era preciso bajarse, luego se volvía á levantar é iba sin cesar tanteando la pared. La humedad de las piedras y la viscosidad del zampeado constituían malos puntos de apoyo, sea para la mano ó para el pié. Tropezaba en el horrible estercolero de la ciudad. Los reflejos intermitentes de las cerceras no aparecían sino con larguísimos intervalos, y tan débiles, que el sol, en su mayor fuerza, se tomaba por la luna. Lo demás era niebla, miasma, opacidad.

Juan Valjean tenía hambre y sed; sed sobre todo, y allí, como en el mar, había abundancia de agua no potable. Su fuerza prodigiosa, como es sabido, y muy poco debilitada por la edad, gracias á una vida casta y sobria, empezaba, sin embargo, á abandonarle. Sobreveníale la fatiga, y á medida que perdía vigor,

aumentábase el peso de la carga. Mario, muerto quizá, pesaba, como pesan los cuerpos inertes. Juan Valjean le sostenía de manera que el pecho quedase holgado y que la respiración pudiese pasar siempre lo mejor posible. Sentía deslizarse las ratas por entre sus piernas. Una se asustó hasta el punto de querer morderle. De tiempo en tiempo llegaban hasta él ráfagas de aire fresco, procedentes de las bocas de la alcantarilla, que le infundían nuevo ánimo.

Podrían ser las tres de la tarde cuando entró en el albañal del centro.

Al principio le sorprendió aquel ensanche repentino. Encontróse bruscamente en una galería, cuyas dos paredes no tocaba con los brazos extendidos, y bajo una bóveda mucho más alta que él. En efecto, la alcantarilla grande tiene ocho piés de ancho por siete de elevación.

En el punto en que el albañal Montmartre se une con el del centro, otras dos galerías subterráneas, la de la calle de Provenza y la del Abbatoir (matadero), forman una encrucijada. Entre estas cuatro vías, uno menos sagaz hubiera vacilado. Juan Valjean eligió la más ancha; es decir, el albañal del centro. Pero renovábase la duda sobre si valdría más subir que bajar ó al contrario. Calculó, sin embargo, que la situación era apurada y que necesitaba, á todo trance, llegar al Sena, ó lo que equivalía lo mismo, bajar. Torció, pues, á la izquierda.

Fué una suerte para él; porque yerra quien cree que el albañal del centro tiene dos salidas, una hacia Derry y otra hacia Passy. La alcantarilla grande, que no es sino el antiguo arroyo Menilmontant, va á parar, subiendo, á un callejón sin salida, esto es, á su antiguo punto de partida, á su origen, al pié del cerrillo Menilmontant. No se comunica directamente con el ramal que recoge las aguas de París en

el barrio de Popincourt y desemboca en el Sena por la alcantarilla Amelot, más arriba de la antigua isla de Louviers. Este ramal, que completa el albañal colector, se halla separado de él, bajo la calle misma de Menilmontant, por un macizo, que indica el punto de división de las aguas río abajo y río arriba. Si Juan Valjean hubiera optado por subir, habría llegado, después de mil esfuerzos, muerto de fatiga, á las tinieblas, á una pared, y estaba perdido.

En rigor, retrocediendo un poco, internándose en el pasillo de las Monjas del Calvario, á condición de no titubear en la pata de ganso subterránea de la encrucijada Boucherat; tomando por el corredor de San Luis, después á la izquierda, por el ramal de San Gil, y torciendo luego á la derecha, con cuidado de evitar la galería de San Sebastián, hubiera podido llegar al albañal de Amelot y desde allí, con tal de no extraviarse en la especie de F que hay debajo de la Bastilla, salir al Sena junto al Arsenal. Pero para esto es indispensable conocer á fondo, en todas sus ramificaciones y aberturas, la enorme madrépora de la alcantarilla. Ahora bien; Juan Valjean, volvemos á repetirlo, ignoraba la disposición del horrible muladar, por donde á la sazón iba, y si le hubiesen preguntado dónde se encontraba, hubiera respondido que en la noche.

Su instinto le guió perfectamente. Bajar era, en efecto, la única salvación posible.

Dejó á la derecha los dos pasillos que se ramifican en figura de grifo bajo la calle Laffitte y la de San Jorge, y el largo corredor bifurcado de la calzada de Antin.

Algo más allá de un afluente que era, al parecer, el ramal de la Magdalena, se detuvo. Estaba muy cansado. Un respiradero bastante ancho, probablemente el de la calle de Anjou, daba una luz casi

viva. Juan Valjean, con la suavidad de movimientos que emplearía un hermano respecto de su hermano herido, colocó á Mario en la banqueta de la alcantarilla. El rostro ensangrentado del joven apareció á la luz pálida del respiradero como si estuviera en el fondo de una tumba. Tenía los ojos cerrados, los cabellos pegados á las sienes como pinceles secos en color rojo, las manos caídas y muertas, los miembros fríos, la sangre coagulada en los hoyos de la boca. Un cuajarón de sangre se había formado en el lazo de la corbata; la camisa se introducía en las heridas, y el paño del vestido rozaba la carne viva.

Juan Valjean, cogiendo con la punta de los dedos la ropa y separándola, le puso la mano en el pecho y vió que el corazón latía aún. Rasgó la camisa, vendó las heridas lo mejor que pudo y restañó la sangre que corría; después, inclinándose sobre Mario, que continuaba sin conocimiento y casi sin respiración, le miró á la dudosa claridad de la cercera con un odio indecible.

Al desabrochar el vestido de Mario, había encontrado en su bolsillo dos cosas: el pan que yacía en él olvidado desde la víspera y la cartera del joven. Se comió el pan y abrió la cartera. En la primera página vió las cuatro líneas escritas por Mario. Decían, como se recordará:

«Me llamo Mario Pontmercy. Condúzcase mi cadáver á casa de mi abuelo, el señor Gillenormand, »calle de las Monjas del Calvario, número 6, en el »Marais.»

Juan Valjean leyó estas cuatro líneas y permaneció un momento como absorto en sí mismo, repitiendo á media voz:—Calle de las Monjas del Calvario, número 6, señor Gillenormand. Volvió á colocar la cartera en el bolsillo de Mario. Había comido y se sentía reanimado. Cargó otra vez con el joven, le

apoyó cuidadosamente la cabeza en su hombro derecho y continuó bajando por la alcantarilla.

El albañal grande, dirigido según el *thalweg* del valle del Menilmontant, tiene cerca de dos leguas de largo y está embaldosado en mucha parte de su trayecto.

La antorcha del nombre de las calles de París con que mostramos al lector la marcha subterránea de Juan Valjean, no la poseía éste. No sabía ni la zona de la ciudad que atravesaba, ni el camino que había andado. Sólo por la palidez creciente de los rayos de luz que de tiempo en tiempo le alumbraban, venía en conocimiento de que el sol se retiraba del empedrado y de que el día no tardaría en declinar. Además, como el ruido de los carruajes era cada vez menos perceptible y luego cesó casi, dedujo de ahí que no estaba ya debajo del París central y que se acercaba á alguna región solitaria, próxima á los boulevares exteriores ó á los últimos muelles. Donde hay menos casas y calles, el albañal tiene menos respiraderos. Condensábase la obscuridad al rededor de Juan Valjean; pero así y todo, siguió avanzando á tientas en la sombra.

Repentinamente aquella sombra tomó un carácter terrible.

V

DE CÓMO CIERTA CLASE DE FINURA, ASÍ EN LA ARENA
COMO EN LA MUJER, ES PÉRFIDA

Juan Valjean conoció que entraba en el agua y que tenía debajo de los piés, no baldosas, sino cieno.

Sucede á veces, en ciertas costas de Bretaña ó de Escocia, que un hombre, viajero ó pescador, caminando durante la marea baja por el arenal á alguna distancia de la orilla, nota de improviso que hace rato anda penosamente. La playa está como resinosa; pégase á ella la suela de los zapatos; no parece arena, sino liga. La arena no presenta señal de humedad y, sin embargo, á cada paso, desde que ha levantado el pie, el hueco que deja se llena de agua.

Por lo demás, la vista no ha advertido ningún cambio. La inmensa playa está tranquila; la arena conserva el mismo aspecto; nada distingue el suelo sólido del no sólido; la alegre nubecilla de los pulgones de mar continúa saltando tumultuosamente sobre los piés del transeunte.

El hombre sigue su camino, siempre hacia adelante, pisando con fuerza y procurando acercarse á la costa. No está inquieto. ¿Por qué ha de estarlo? Sólo siente como si la pesadez de sus piés se aumentase á cada paso que da. De repente se hunde... dos